

oro, «¡Desgraciada de mí, exclama el alma, no he hecho más que aumentar mis cuidados y formarme enemigos! Me encuentro expuesta á los tiros de los envidiosos; soy esclava de las modas y caprichos del mundo; he atesorado para todos, y no sé quién disfrutará de mis riquezas despues que ponga un pié en la tumba; he oprimido al pobre con mis durezas; he ocasionado ruinas irreparables á mis amigos con las usuras; me he servido de la mentira y de la mala fé para mis ganancias; tengo llenos mis cofres de oro empapado en sangre, y cuando yo me decia á mí misma: «¡Descansa, alma mia, disfruta de los bienes que tienes preparados para muchos años, come, bebe, regálate!» una voz terrible, á quien no puedo resistir, me llama á entregar cuentas y á juzgarme y sentenciarme sin apelacion. ¡Ay, que todas mis preciosidades van á reducirse á un sepulcro! ¡Todas mis alhajas han de ser los gusanos y la podre, y sólo me resta la idea cruel de verme despojada para siempre de las riquezas del tiempo y de las de la eternidad para que fuí criada!»

No resta, pues, al incrédulo, para ser feliz, más que los honores y el poder; sea, pues, el hombre más universal; llegue la fama de su nombre de uno á otro polo, y penetre hasta los confines del mundo; póstrese á sus plantas todos los príncipes; ríndanle sus banderas todos los ejércitos; ciñan su frente mil coronas; empuñen sus manos mil cetros; use á su arbitrio de los Soberanos; sírvanle éstos de estribo para subir á su carroza; disponga á su antojo de las vidas y haciendas; sea, por fin, amo absoluto de todas las naciones, imperios, monarquías, provincias y ciudades. ¿Podrá ser su alma feliz? ¡Ah, no! Llevan consigo las grandezas terrenas un signo de desgracia; la más culminosa elevacion puede ser causa de mayor ruina; cuanto más dilatado es el poder de los mortales, más expuesto vive el que lo tiene á los puñales de sus émulos; el reinado más glorioso, la dominacion más sóli-

damente establecida, tienen el déficit de concluir en el sepulcro. Mas dejada á un lado la caducidad, ¿qué dicha acarrear al hombre los honores y el poder? Hemos visto á algunos que de la oscuridad se han levantado, y han desaparecido despues de despedir un corto brillo, como esos cuerpos aerostáticos que desaparecen en la misma region que los diera el sér: otros hemos visto que se eleváran como las nubes formadas en los vértices de los volcanes, que sucesivamente se robustecen y cubren el horizonte, y entre horrendos torbellinos fulminan rayos, y por do quiera siembran el terror: otros hemos visto que, como esos cometas de gran cauda, se han querido sentar junto á regiones estrelladas, infundiendo espanto en los pueblos; pero todos estos hombres, ¿tuvieron un solo dia su corazón tranquilo? El oro que adornaba su cabeza, ¿no reposaba sobre una frente tan turbada como el mar agitado por el huracan? Y para comprobarlo, ¿será necesario que tomemos en nuestras manos los anales del mundo, y os refiramos la desgraciada vida de aquél que destruyera el imperio de Babilonia, de Nínive, de Siria, de Tiro y la Palestina, llevando en su carro triunfal los cetros de los Teglalapsares, de los Nabucos y de los Ciro? ¿Y os referiré los continuos desasosiegos de aquél cuyo lema era llegar, ver y vencer, y con sólo presentar sus legiones destruyera todas las monarquías de Oriente y Occidente, y fuera señor de casi todo el mundo conocido? Pero ¿por qué revolver los empolvados pergaminos del mundo antiguo, cuando á nuestra vista se ha representado una escena que nos ha demostrado que el hombre más infeliz es el que más suspira por los honores y el poder?

¡Ah! Recorred, amados míos, lo que pasaba en el seno de vuestra pátria treinta años há; en aquella gran época, ninguno de vuestros padres bajára al sepulcro sin mil lauros; despues de ella, ningun hijo de la Iberia puede

recordar los hechos sin que su sangre bulla; todos ceñían la espada, todos corrian como leones á pelear contra un hombre que, más ambicioso que Julio César y Alejandro, queria extender su imperio desde los hielos del Ártico hasta las abrasadas arenas de la Arabia; temblaban los emperadores y reyes ante su presencia; se movian á su voz innumerables y ominosas huestes; el mundo entero se conmovia, y la tierra parece que temblaba cuando pasaba sobre ella aquel coloso del poder; preguntadle cuántos fueron los momentos de verdadero placer, y os responderá que ninguno; dirigíos á su magnífica tumba, y entre sus mármoles oireis resonar una lúgubre voz que os dirá: «¡Desgraciado de mí! Un dia pretendí destronar á los antiguos monarcas y sentarme en sus tronos, y para conseguirlo medité dia y noche mil intrigas, que me quitaban el reposo y la alegría; un dia conseguí que los príncipes me sirviesen como esclavos, y para ello abusé de mi fuerza, y los remordimientos me devoraban y roían mi corazon; un dia, cuando me creia el Dios de la tierra, todos los elementos se desencadenaron furiosamente contra mí; el Eterno dijo á los pueblos: «Romped esas cadenas y destruid al tirano,» y miles de bocas de fuego se asestaron contra mi pecho; tuve que alargar mis piés á las duras cadenas; mis hombros, despojados de la púrpura, fueron agobiados con la pesada esclavitud; me condujeron como á un malvado á un terrible peñon, y despues de haber pasado unos pocos años tiranizando al mundo, lloré en la soledad y espiré, devorado por el pesar de haber perdido mi gloria y mi poder.» Tal es la condicion de las glorias del mundo: en vez de beatificar al hombre, lo hacen infeliz.

¡Desgraciado, pues, del incrédulo! No puede causarle dicha alguna ninguno de los objetos que le rodean; ni la contemplacion de la naturaleza le extasia, porque no ve en el mundo sino materia y combinaciones fatídicas; ni

la sociedad humana le conmueve, porque reputando á los hombres por autómatas, no conoce lo dulce y tierno de las relaciones de una amistad honesta y recíproca; ni tiene fundamento alguno donde establecer pueda la confianza mútua, las obligaciones morales, la distincion de justo é injusto, con todas las demás reglas que rigen y sostienen la sociedad; las riquezas le atormentan, los placeres lo embrutecen, la gloria lo deslumbra, la ambicion le lleva de empresa en empresa, de conquista en conquista, hasta que ciego se precipita en el abismo que él mismo ha cavado con sus propias manos. ¡Desgraciado, repito, porque, pasando esta vida entre disturbios, entre dudas, entre temores y tormentos, sin gozar de los dones de la naturaleza, ni de los encantos de la sociedad, ni del fruto de sus propias fatigas, pasará cuando ménos lo piense á otra vida en que no queria creer, y allí eternas llamas han de abrasar al alma caldeada entre los fuegos de la concupiscencia; eterna desesperacion rasgará aquella alma, ántes rasgada por las dudas é incertidumbres, y un cruel remordimiento se apoderará de su corazon, y como el carnívoro buitre que mancha sus uñas y pico entre las sinuosidades del corazon y entrañas palpitantes que va á devorar, lo atormentará sin aniquilarlo y se encruelerará sin consumirlo.

Tengo, pues, convencida á la incredulidad de locura; he demostrado su crimen en haber enseñado á los hombres á pecar sin remordimiento; en haberlos adiestrado en consumir la maldad, y en haber quitado á los pueblos el freno de la conciencia y de las leyes; tengo tambien probado que el incrédulo es el sér más miserable del mundo; en tres palabras: el incrédulo es un loco, porque desprecia una Religion que han seguido miles de generaciones sábias é ilustradas; es un criminal, por haberse erigido en enemigo de Dios, de los hombres y de sí mismo; es un desgraciado, porque, no constituyendo su di-

cha en Dios y en su alma inmortal, nada de este mundo puede hacerle feliz, recibiendo prematuramente en sí mismo la recompensa debida á su error: *Mercedem quam oportuit erroris in semetipsis recipientes*. Y de esta misma locura adolece el siglo en que vivimos; este mismo crimen comete nuestra generacion actual; así es que ella es tambien la época más desgraciada; porque jamás se viera mayor ambicion, jamás más lujuria, jamás menos respeto á los templos, jamás menos veneracion al sacerdocio, jamás se vieran tantos folletos impíos, jamás menos obediencia á las leyes, jamás más indiferencia en Religion, jamás mayor desprecio de las luces que Jesucristo nos trajera con su Evangelio; pero en cambio, nunca se vieran tantos tiranos que han sacrificado á la humanidad, tiranos salidos de entre los mismos cristianos; nunca tantas guerras civiles, nunca pestes tan devoradoras, nunca tales terremotos, nunca tan horribles huracanes, nunca tantas y tan formidables inundaciones; pero el siglo recibe lo que merece; adoptó las ideas de la incredulidad, y la incredulidad le da el pago merecido: *Mercedem quam oportuit, etc.*

¡Oh, amados míos! Suspiremos por aquella dicha que se nos prepara en recompensa de haber creído con sumision y humildad; anhelemos por aquel momento en que el alma justa se reviste de una gloria inexplicable, en premio de haber amado en este mundo á su Dios con todo su corazon y al prójimo como á sí mismo; saludemos aquella mansion deliciosa, que está preparada para los que usan del mundo en conformidad con los principios que la Religion inspira. Esta es la ciencia verdadera; todo lo demás es locura y desgracia.

¡Hijos de María! etc. etc.

SERMON MORAL DOGMÁTICO

SOBRE

LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION DEL CUERPO.

(PARA LAS FLORES DE MAYO.)

Novissima autem inimica destruetur mors.

Y la enemiga muerte será destruida la postrera.

(I ad CORINTHIOS, cap. xv, vers. 26.)

Creer ciegamente en las verdades reveladas es el carácter del cristiano humilde y sumiso á la autoridad que habla; creer conociendo la conformidad que hay entre los misterios divinos y la razon humana, es propio del cristiano sumiso tambien, pero ilustrado. Una y otra fé se encuentra en la Iglesia, siendo esta la activa y aquella la pasiva, nutriéndose una en el seno de los doctores y la otra en la generalidad de los fieles. Si yo os digo que entre muchos de los que me oyen no hay sino la fé pasiva, aquella fé comun á toda la Iglesia, con la cual se cree firmemente cuanto Dios ha revelado, atendida la infalibilidad del que revela y la de la Iglesia que así la canoniza; si os digo que hay otros que tienen la fé activa, propia del cuerpo de los doctores, esta fé, que evoca en su testimonio la autoridad de la razon, de la humanidad, de la dialéctica, de la historia, de los monumentos y de las tradiciones; esta fé, que advierte la más bella armonía entre las luces de nuestro espíritu y los dogmas revelados; esta fé, que hace del entendimiento humano, que naturalmente es pigmeo, un gigante que se enaltece hasta el cielo, que se lanza en el porvenir, que retrocede